

Jacques Lacan

**Seminario 6
1958-1959**

EL DESEO Y SU INTERPRETACIÓN

(Versión Crítica)

26

Miércoles 24 de JUNIO de 1959¹

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 6 de Jacques Lacan, *Le désir et son interprétation*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 26ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

**² La dificultad con la cual nos enfrentamos no data de ayer. Después de todo, es de aquellas sobre las cuales toda la tradición moralista ha especulado, a saber, la del deseo caído. No tengo necesidad de hacer resonar desde el fondo de los tiempos la amargura de los sabios o de los pseudo-sabios sobre el carácter decepcionante del deseo humano...

La cuestión toma una forma explicitada en el análisis en tanto, ante todo, que la primera experiencia analítica nos muestra *las pulsiones*³ en su naturaleza parcial, la relación con el objeto suponiendo una complejidad, una complicación, un increíble riesgo en la organización de estas pulsiones parciales, y haciendo depender la conjunción con el objeto de estas organizaciones. La combinación de las pulsiones parciales nos muestra verdaderamente el carácter básicamente problemático de todo acceso al objeto que, para decir todo, no nos muestra una teoría más que al precio de mostrarla lo más contraria de lo que podemos concebir en una primera consideración de la noción de instinto, que, de todas maneras, incluso si dejamos extremadamente flexible su hipótesis finalista, no es menos cierto que... — cualquiera que sea, toda teoría del instinto es una teoría, si podemos decir, del centramiento del objeto. A saber, que el proceso en el organismo viviente hace que un objeto sea progresivamente fijado en cierto campo, y ahí captado en cierta conducta, proceso que por sí mismo se presenta bajo una forma de concentración progresiva del campo.

Muy diferente es el proceso, muy diferente es la dialéctica que nos muestra el análisis: que se progresa al contrario por adición, combinación de estas pulsiones parciales, y que se llega a concebir el advenimiento de un objeto satisfactorio, el que corresponde a los dos polos de la masculinidad y de la femineidad, al precio de la síntesis de todo tipo de pulsiones intercambiables, variables, y de combinaciones, para llegar a ese logro, muy diversas.

² **JL, GAO:** *[…?]* — los términos entre corchetes son interpolaciones de las transcripciones que llenan blancos explícitos o supuestos en la dactilografía.

³ **JL:** *los objetos*

Es por esto que, en cierta forma, ustedes podrían pensar que al definir por medio del $*S \diamond a*$ ⁴, aquí situado en el esquema o grafo del que nos servimos para explicar, para exponer la posición del deseo en un sujeto hablante, no hay ahí después de todo nada más que una notación muy simple: en el deseo algo es exigible que es la relación del sujeto con el objeto; que a , es el objeto; la S mayúscula, es el sujeto, y nada más. Nada más original en esta notación, que esta pequeña barra que recuerda que el sujeto, en este punto de acmé **de la presentificación**⁵ del deseo, está él mismo marcado por la palabra. Y después de todo esto no es nada más que algo que recuerda que las pulsiones están fragmentadas.

Conviene notar bien que no es a esto que se limita el alcance de esta notación. Esta notación designa, no una relación del sujeto con el objeto, sino el fantasma, fantasma que sostiene a este sujeto como deseante, es decir en ese punto más allá de su discurso donde se trata de la [relación con el ser]. Esta notación significa que en el fantasma el sujeto está presente como sujeto del discurso inconsciente. El sujeto está ahí presente en tanto está representado en el fantasma por la función de corte que es la suya, esencial, de corte en un discurso, y que no es cualquier discurso, que es un discurso que le escapa, el discurso del inconsciente.

Esto es esencial, y si ustedes siguen su hilo no podrán dejar de quedar sorprendidos por lo que pone de relieve de dimensiones siempre omitidas cuando se trata de los fantasmas perversos.

Ya les he indicado el otro día la prudencia con la que conviene abordar lo que llamamos fantasma perverso. El fantasma perverso no es la perversión. El error mayor es imaginarnos que comprendemos la perversión, nosotros todos en tanto que somos (es decir en tanto que somos más o menos neuróticos sobre los bordes...), en tanto que tenemos acceso a esos fantasmas perversos. Pero el acceso comprensivo que tenemos al fantasma perverso no da por eso la estructura de la perversión, aunque de alguna manera ésta reclame su reconstrucción.

⁴ JL, GAO: $*S$ de $a*$

⁵ JL: **que representa la presentación**

Y si ustedes me permiten tomar un poco de libertad en mi discurso de hoy, a saber entregarme a un saltito al exterior, les evocaré ese libro marcado con el sello de nuestra época contemporánea que se llama *Lolita*.⁶ No les impongo más la lectura de esta obra que de una serie de otras que parecen indicar cierta constelación del interés alrededor justamente del resorte del deseo. Hay cosas mejor hechas que *Lolita* sobre el plano, si podemos decir, teórico. Pero *Lolita* es de todos modos una producción bastante ejemplar.

Para aquellos que la hojeen nada parecerá oscuro en cuanto a la función reservada a un [*i(a)*]. Y muy evidentemente, de una manera tanto menos ambigua cuanto que podemos decir que, curiosamente, el autor se sitúa en una oposición completamente articulada con lo que él llama la charlatanería freudiana, y al respecto no da menos, en varias ocasiones, de una manera que le pasa verdaderamente desapercibida, el testimonio más claro de esta función simbólica de la imagen, de **i(a)**.⁷ Comprendido allí el sueño que tiene, poco tiempo antes de aproximarla de una manera decisiva, y que se la hace aparecer bajo la forma de un monstruo velludo y hermafrodita.

Pero no está ahí lo importante. Lo importante en la estructura de esta obra [es] que tiene todas las características de la relación del sujeto con el deseo, con el fantasma, hablando con propiedad, neurótico — por la simple razón de que estalla en el contraste entre el primer y el segundo volumen, entre el carácter centelleante del deseo en tanto que es meditado, en tanto que ocupa unos treinta años de la vida del sujeto, y su prodigiosa decadencia en una realidad hundida (ningún medio incluso de alcanzar al *partenaire*) lo que constituye el segundo volumen, y el miserable viaje de esta pareja a través de la bella América.

Lo que es importante, y de alguna manera ejemplar, es que por la sola virtud de una coherencia constructiva, el [deseo] perverso, para hablar con propiedad, se entrega, aparece en un otro, un otro que es más que el doble del sujeto, que es muy otra cosa, que aparece ahí lite-

⁶ Vladimir NABOKOV, *Lolita*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1959.

⁷ JL: *[el otro?]*

ralmente como su perseguidor, que aparece al margen de la aventura, como si — y en efecto es todo lo que hay de más confesado en el libro — el deseo del que se trata en el sujeto no pudiera vivir más que en un otro, y ahí donde es literalmente impenetrable y completamente desconocido.

El personaje que se sustituye, en un momento de la intriga, al héroe, el personaje que, propiamente hablando, es el perverso, el que realmente accede al objeto, es un personaje cuya clave [no] nos es dada más que en los gemidos últimos que lanza en el momento en que cae bajo los tiros de revólver del héroe. Esta suerte de negativo del personaje principal, que es aquel en el cual reposa efectivamente la relación con el objeto, tiene ahí algo muy ejemplar y que puede servirnos de esquema para comprender que nunca es más que al precio de una extrapolación que podemos realizar la estructura perversa.

La estructura del deseo en la neurosis es algo de una naturaleza muy diferente que la estructura del deseo en la perversión y, de todos modos, estas dos estructuras se oponen.

A decir verdad, la más radical de estas posiciones perversas del deseo (la que está situada por la teoría analítica como en el punto más original en la base del desarrollo y en el punto también terminal de las regresiones más extremas), a saber el masoquismo, ésta... ¿no podemos aquí recordar, hacer palpar, en una evidencia procurada por el fantasma, hasta qué punto se descuidan los planos en la manera con la que nos precipitamos en el análisis para formular, en unas fórmulas colapsadas, la naturaleza de esto en presencia de lo cual estamos? Tomo aquí el masoquismo porque nos servirá de polo para este abordaje de la perversión.

Y todos sabemos que se tiende a reducir el masoquismo en sus diversas formas a una relación que, en último término, se presentaría en una relación completamente radical, del sujeto en su relación con su propia vida; para hacerlo confluír, en nombre de indicaciones válidas y preciosas que ha dado Freud sobre este asunto, con un instinto de muerte por el cual se haría sentir de una manera inmediata y en el nivel mismo de la pulsión, del impulso considerado como orgánico, algo contrario a la organización de los instintos. Sin duda hay ahí algo que, en el límite, presenta un punto de mira, una perspectiva sobre la

cual sin ninguna duda no es de ningún modo indiferente fijarse para plantear ciertas cuestiones.

En resumen, ¿no vemos — al plantear como aquí lo sitúan sobre este esquema las letras que indican su relación — la posición del deseo esencial, en una división de la relación del sujeto con el discurso, algo que aparece de manera deslumbrante, y que nos equivocaríamos de descuidar en el interior mismo de la fantasmática de lo que se llama masoquismo? De este masoquismo sobre el cual, aun haciendo [de él] la salida de uno de los más radicales instintos, los analistas sin ninguna duda están de acuerdo para darse cuenta de que lo esencial del goce masoquista no podría sobrepasar cierto límite de sevicias. Tales o cuales rasgos, al ser puestos de relieve, son apropiados, creo, para esclarecernos al menos sobre un medium, sobre algo que nos permite reconocer ahí la relación del sujeto, algo esencial, con algo que es hablando con propiedad el discurso del Otro.

¿Hay necesidad de haber escuchado las confidencias de un masoquista? ¿Hay necesidad de haber leído el menor de los numerosos escritos que le son consagrados, y de los que son más o menos buenos los que aun han salido recientemente, para no reconocer una dimensión esencial del goce masoquista ligado a esa suerte de pasividad particular que experimenta, y de la que goza el sujeto, al representarse su suerte como jugándose por encima de su cabeza, entre cierto número de personas que están ahí alrededor de él, y literalmente sin tener en cuenta su presencia, todo lo que se prepara de su destino siendo discutido ante él sin que se lo tenga mínimamente en cuenta? ¿Acaso no hay ahí uno de los rasgos, una de las dimensiones más eminentemente prominentes, perceptibles, y sobre la cual por otra parte el sujeto insiste como siendo uno de los constituyentes de la relación masoquista?

He ahí por lo tanto, en suma, una cosa donde se capta, donde aparece lo que se puede palpar, que es en la constitución del sujeto en tanto que sujeto, y en tanto que esta constitución es inherente al discurso, y en tanto que la posibilidad está llevada al extremo, que este discurso como tal, aquí revelado, abierto en el fantasma, lo tiene a él, sujeto, por nada, que encontramos una de las primeras huellas. Huella, ¡por Dios! bastante importante puesto que es sobre ella, a partir de ella, que cierto número de manifestaciones sintomáticas se desarrollarán. Huella que nos permitirá ver en el horizonte la relación que puede

haber entre el instinto de muerte considerando como una de las instancias más radicales, y algo en el discurso que da ese soporte sin el cual [no] podríamos en ninguna parte acceder a él, ese soporte de ese no-ser que es una de las dimensiones originales, constitutivas, implícitas, en las raíces mismas de toda simbolización.

Pues ya hemos durante todo un año, el año que consagramos al *Más allá del principio del placer*,^{8, 9} articulado esta función propia de la simbolización, que está esencialmente en el fundamento del corte, por lo tanto de aquello por lo cual la corriente de la tensión original, cualquiera que sea, es tomada dentro de una serie de alternativas que introducen lo que se puede llamar la máquina fundamental, que es propiamente lo que volvemos a encontrar como desprendido, como liberado en el principio de la esquizofrenia del sujeto, donde el sujeto se identifica con la discordancia de esta máquina por relación a la corriente vital, con esta discordancia como tal.

En este sentido, les hago observar al pasar, ustedes palparán ahí de una manera ejemplar, a la vez radical y completamente accesible, una de las formas más eminentes de la función de esta *Verwerfung*. Es en tanto que el corte es a la vez constitutivo y al mismo tiempo irremediabilmente externo al discurso en tanto que el corte lo constituye, que podemos decir que el sujeto, en tanto se identifica con el corte, está *verworfen*. Es precisamente en esto que él se aprehende y se percibe como real.

No hago aquí más que indicarles otra forma, no creo que fundamentalmente distinta, sino seguramente articulada y profundizada de muy otro modo, del “Yo pienso por lo tanto yo soy”. Quiero decir que es en tanto que el sujeto participa en este discurso — y no hay más que esto en más de la dimensión cartesiana, que este discurso es un discurso que le escapa, y que él es dos sin saberlo — es en tanto que él es el corte de este discurso que está en el grado supremo de un “yo soy” que tiene esta propiedad singular en esta realidad, que es verda-

⁸ Sigmund FREUD, *Más allá del principio de placer* (1920), en *Obras Completas*, Volumen 18, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

⁹ Jacques LACAN, EL SEMINARIO, libro 2, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, 1954-1955, Ediciones Paidós, 1983.

deramente la última donde un sujeto se capta, a saber la posibilidad de cortar en alguna parte el discurso, de poner la puntuación. Esta propiedad donde yace su ser esencial, su ser donde se percibe en tanto que la sola intrusión real que él aporta radicalmente en el mundo como sujeto, lo excluye sin embargo, a partir de todas las relaciones vivientes, al punto de que hacen falta todos los rodeos que nosotros los analistas sabemos para que Yo {*Je*} lo reintegre allí.

La última vez hemos hablado brevemente de la manera en que las cosas ocurren en los neuróticos. Lo hemos dicho, para el neurótico el problema pasa por la metáfora paterna, por la ficción, real o no, de aquel que goza en paz del objeto. ¿Al precio de qué? De algo perverso. Pues lo hemos dicho, esta metáfora es la máscara de una metonimia. Detrás de esta metáfora del padre como sujeto de la ley, como poseedor en paz del goce, se oculta la metonimia de la castración.

Y miren allí de cerca, verán que la castración del hijo no es aquí más que la continuación y el equivalente de la castración del padre, como todos los mitos detrás del mito freudiano primitivo del padre, y el mito primitivo del padre, lo indican suficientemente: Cronos castra a Júpiter, Júpiter castra a Cronos antes de llegar a la realeza celeste.¹⁰ La metonimia de la que se trata se sostiene en último término en esto: es que nunca hay más que un único falo en el juego; y esto es justamente lo que en la estructura neurótica se trata de impedir que se vea. El neurótico no puede ser el falo más que en nombre del Otro. Hay por lo tanto alguien que lo tiene, que es aquel de quien depende su ser. El no tiene, lo que todos sabemos que se llama el complejo de castración. Pero si no hay nadie para tenerlo, él lo tiene todavía mucho menos, naturalmente.

El deseo del neurótico, si ustedes me permiten esta fórmula por poco que sea sumaria de algo que aquí pretendo hacerles sentir, es por eso que está enteramente suspendido, como todo el desarrollo de la obra de Freud nos lo indica, a esta garantía mítica de la buena fe del

¹⁰ Lapsus de Lacan, en seguida corregido por él, que en verdad es un doble lapsus, pues comporta otro que ya hemos encontrado en otras ocasiones en el Seminario: Júpiter (Zeus) no castra a Cronos, su padre; en verdad es Cronos quien castra a su padre Urano con “una hoz de agudos dientes”, y de la “blanca espuma” que surge de sus genitales arrojados al mar nace Afrodita. Cf. HESÍODO, *Teogonía*.

significante, a la cual es preciso que el sujeto se aferre para poder vivir de otro modo que en el vértigo. Esto nos permite llegar a la fórmula de que el deseo del neurótico... — y todos sabemos que hay una relación estrecha, histórica, entre la anatomía que el freudismo hace de este deseo, y algo característico de cierta época que vivimos, y de la que no podemos saber sobre qué forma humana, vagamente vaticinada por profetas de diversas naturalezas, acabará, ¡o tropezará!... Pero lo que es cierto, es que algo nos es sensible en nuestra experiencia, por poco que no vacilemos en articularlo: esto es que el deseo del neurótico, diré de una manera condensada, es lo que nace cuando no hay Dios.

No me hagan decir lo que no he dicho, a saber ¡que la situación sea más simple cuando hay uno! La cuestión es ésta: es que es en el nivel de esta suspensión al Garante Supremo que es lo que oculta en él el neurótico, que se sitúa y se detiene y se suspende, este deseo del neurótico.

Este deseo del neurótico, es lo que no es un deseo más que en el horizonte de todos sus comportamientos. Porque — y ustedes me permiten hacerles la comunicación de una de esas fórmulas que les permiten reconocer el estilo de un comportamiento — diremos que por relación a ese deseo donde él se sitúa, el neurótico está siempre en el horizonte de sí mismo, que él prepara su advenimiento. El neurótico, si ustedes me permiten una expresión que creo calcada sobre todo tipo de cosas que vemos en la experiencia cotidiana, está siempre ocupado en hacer su valijas, o su examen de conciencia — es lo mismo — o en organizar su laberinto — es lo mismo. El reúne su equipaje, se olvida de él o lo pone en la consigna, pero se trata siempre de equipaje para un viaje que no hace nunca. Esto es absolutamente esencial que consideremos si queremos percatarnos de que hay un contraste absoluto, sea lo que fuere que diga al respecto un pensamiento perezoso que se arrastra como un caracol a lo largo del fenómeno, sin querer reunir allí en ningún momento una perspectiva, una perspectiva cualquiera...

Se trata de oponer a esto la estructura del deseo perverso. En el perverso por supuesto se trata también de una hiancia. No puede tratarse también, puesto que es esto lo que es la relación fundamental, más que del sujeto *fijando*¹¹ su ser en el corte. Se trata de saber cómo en el perverso este corte es vivido, es soportado.

Y bien, ahí, seguramente, el trabajo a lo largo de los años, de los analistas, en tanto que sus experiencias con enfermos perversos les han permitido articular esas teorías algunas veces contradictorias, mal acordadas unas con otras pero sugestivas del orden de dificultad con el que se enfrentan, es algo de lo que podemos de alguna manera tomar nota; quiero decir de lo que podemos hablar como de un material que traiciona él mismo ciertas necesidades estructurales que son aquellas, para hablar con propiedad, que tratamos aquí de formular.

Diré por lo tanto que en este ensayo que nosotros hacemos aquí, de institución de la función real del deseo, podemos incluir hasta el discreto delirio, hasta el delirio bien organizado al cual han sido llevados los que se aproximaron a este tema por la vía de esos *[comportamientos]*¹², quiero decir, de los psicoanalistas.

Voy a tomar un ejemplo de esto. Creo que actualmente, considerándolo todo, nadie ha hablado mejor, creo, de la perversión, que un hombre muy discreto tanto como pleno de humor en su persona, quiero decir el Sr. Gillespie. Aconsejo a los que leen el inglés, sacarán de ello el mayor provecho, el primer estudio de Gillespie, quien abordó este tema a propósito del fetichismo, bajo la forma de un artículo, *Contribución al fetichismo* (octubre 1940, I.J.P.)¹³, seguido de notas que consagró a *Analysis of sexual perversions*, en el número XXXIII (1952, 4ª parte)¹⁴, y finalmente el último que dio en el número de julio-octubre de 1956 (número XXXVII, 4ª y 5ª partes): *La teoría general de las perversiones*.¹⁵

¹¹ {*arrimant*} — palabra añadida por la transcripción AFI, que remplaza una alternativa dudosa en JL: **(supprimant?)**

¹² JL: **[sujetos {sujets}]**

¹³ W. H. GILLESPIE, *A contribution of the study of fetichism*, I.J.P., 1940, XXI, p. 401-415.

¹⁴ Id., *Notes on the analysis of sexual perversions*, I.J.P., 1952, XXXIII, p. 397-402.

¹⁵ Id., *The general theory of sexual perversion*, I.J.P., 1956, XXXVII, p. 396-403.

Algo se desprenderá de ello para ustedes, esto es que alguien que en suma es tan libre, y sopesa bastante bien las diversas avenidas por las cuales se ha intentado abordar la cuestión, netamente más compleja naturalmente de lo que se pueda imaginar en una perspectiva sumaria, la de la perversión que sería pura y simplemente la pulsión mostrándose a cara descubierta... Esto no es decir por eso tampoco, como se lo ha dicho, que la perversión pueda resumirse en una suerte de aproximación que tiende en suma a homogenizarla con la neurosis.

Voy directo a lo que se trata de expresar, a lo que nos servirá en adelante de referencia para interrogar a diversos títulos la perversión. La noción de *splitting* es en ella esencial, demostrando ya algo que podríamos, nosotros, aplaudir — y no crean que voy a precipitarme a ello — como recubriendo de alguna manera la función, la identificación del sujeto a la hendidura {*fente*} o corte {*coupure*} del discurso — que es donde les enseño a identificar la componente subjetiva del fantasma. No es justamente que la especie de precipitación que implica este reconocimiento no se haya ya ofrecido y no haya suministrado la ocasión para una suerte de noción, un poco vergonzosa de sí misma, en tal de los escritores que se han ocupado de la perversión.

Como testimonio de esto no tengo más que referirme al tercer caso al cual el Sr. Gillespie, en el segundo de los artículos, se refiere. Es el caso de un fetichista. Este caso se lo esbozo brevemente. Se trata de un fetichista de treinta años, cuyo fantasma se confirma tras el análisis expresamente como ser hendido {*fendu*} en dos *por los dientes de la madre*¹⁶, cuya proa penetrante, si puedo decir, está aquí representada por sus senos mordidos, también por la hendidura que, él, acaba de penetrar y que se cambia súbitamente en [una criatura parecida a un gorila velludo].¹⁷ En resumen, todo un retorno sobre una descomposición-recomposición, por lo cual lo que el Sr. Gillespie llama la angustia de castración es remitido a una serie de desarrollos donde

¹⁶ AFI, GAO: {*par les dents de la mère*} / JL: *por la hendidura de la madre {*par la fente de la mère*}*

¹⁷ “He penetrates her body with his penis; she then turns into a hairy gorilla-like creature with great teeth with which she bites off his female nipples — that in, a talion revenge for his oral attack on his mother’s breast. [...] his mother’s shoe kicking him and splitting up his anus and rectum”. (*Notes on the analysis of sexual perversions*, p. 400).

interviene también la primitiva exigencia de la madre o la primitiva nostalgia de la madre, y por otra parte una concepción, debo decir no demostrada, sino supuesta al fin de cuentas, al término del análisis, por el analista, concepción kleiniana, con identificación a la hendidura.

Digamos que al término del artículo, el Sr. Gillespie escribe sobre esta especie de apreciación, o de intuición a medias asumida, interrogativa, cuestionante, pero que es verdaderamente, me parece, completamente significativa del punto extremo adonde es llevado alguien que sigue con atención, quiero decir tras desarrollo en el tiempo, tras esta explicación que sólo el análisis nos da de lo que se encuentra en el último fondo de la estructura perversa: “la configuración del material en este momento nos condujo a una especulación alrededor del fantasma asociado con ese *split ego*...”, el ego “rehendido” {*refendu*}, si aceptamos este término de “rehendido” del que nos servimos bastante gustosamente para hablar de ese *splitting* sobre el cual Freud de alguna manera terminó su obra. Pues, ustedes lo saben, pienso, el artículo inacabado de Freud sobre *El splitting del ego*,¹⁸ la pluma le cayó de las manos si podemos decir y lo dejó inacabado — es este artículo el que fue encontrado después de su muerte.

Esta rehendidura del yo {*moi*} condujo al Sr. Gillespie a una especulación alrededor del fantasma asociado con la rehendidura del yo y el objeto rehendido. Es el mismo término que podemos emplear si empleamos este término. Es el *split ego* y el *split object*.

¿Acaso el órgano genital femenino — es Gillespie quien se interroga — no es el objeto hendido, el *split object* por excelencia? ¿Y el fantasma de un ego, de un *split ego* no puede provenir de una identificación con el órgano genital que es una hendidura, el *split female genital*? Tengo en cuenta, dice él, que cuando hablamos de *splitting* del ego, de la rehendidura del yo, y del objeto correspondiente, nos referimos a los mecanismos mentales que presumimos en el fenómeno”. Quiero decir con esto que hacemos ciencia, que nos desplazamos dentro de los conceptos científicos. “[...] y el fantasma pertenece a un nivel diferente del discurso. — El orden de interrogación que se plantea el Sr. Gillespie es interesante. — Sin embargo los fantasmas, los nues-

¹⁸ Sigmund FREUD, «La escisión del yo en el proceso defensivo» (1940 [1938]), en *Obras Completas*, Volumen 23, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980.

tros no menos que los de nuestros pacientes, deben siempre jugar un papel en la manera con la que conceptualizamos estos procesos subyacentes. Nos parece, por consiguiente, que el fantasma de ser él mismo hendido en dos pedazos tal como la vulva está hendida, puede ser completamente apropiado para el mecanismo mental del *splitting* del objeto y de la introyección del objeto hendido conduciendo a la rehendadura del ego. Esto está implícito, desde luego, en tal fantasma de la vulva como de un objeto hendido que estuvo una vez intacto, y la rehendadura, *splitting*, es el resultado de un ataque sádico, sea por el padre, o por sí mismo”.¹⁹

Está muy claro que nos encontramos aquí ante algo que, para un espíritu tan prudente y mesurado como el Sr. Gillespie, no puede dejar de chocar como algo donde se juega él mismo para llegar al extremo de un pensamiento al reducir, de alguna manera, a una suerte de esquema identificatorio totalmente primordial lo que puede a continuación servirnos de explicación en algo que no es, en este caso, nada menos que la estructura misma de la personalidad del sujeto. Puesto que de lo que se trata a todo lo largo de este artículo — no hay para citar sólo este caso — es de algo tan sensible y que se descompone en la transferencia con los perversos, a saber de los *splitting* que son lo que se llamaría en este caso, corrientemente, verdaderas divisiones de la personalidad. Aplicar de alguna manera la división de la personalidad del perverso sobre las dos valvas de un órgano original de la fantasmatación, es ahí algo que en este caso es muy apropiado para hacer sonreír, incluso desconcertar.

Pero a decir verdad lo que encontramos en efecto, y ahí esto debe ser captado en todos los niveles y bajo formas extremadamente diferentes de la formación de la personalidad de los perversos, es algo que ya hemos indicado por ejemplo en uno de nuestros artículos, el que hemos hecho a propósito del caso de André Gide,²⁰ notablemente estudiado por el profesor Delay.²¹

¹⁹ W. H. GILLESPIE, *op. cit.*, p. 400.

²⁰ Jacques LACAN, *Juventud de Gide o la letra y el deseo*, publicado originalmente en la revista *Critique*, nº 131, abril 1958, retomado en *Écrits*, 1966, pp. 739 y ss. Versión castellana: *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2008.

²¹ Jean DELAY, *La Jeunesse d'André Gide*, Paris, 1956, Gallimard, 2 vol.

Esto es algo también que se presenta como una oposición de dos partes identificatorias. Aquella ligada más especialmente a la imagen narcisista de sí mismo, $i(a)$, por un lado, que es lo que regula en el ilustre paciente cuya confidencia tenemos bajo mil formas en una obra — y sin duda tenemos que tener en cuenta la dimensión de esta obra, pues ella agrega algo al equilibrio del sujeto, pero no es a propósito de esto que quiero desarrollar plenamente esto que les indico. Porque después de todo, el año ya se está terminando, es preciso justamente dar por continuación, lanzar hacia delante algunos pequeños esbozos sobre lo que nos permiten aproximar nuestras intelecciones. Es la relación que hay en el título que les puse esencialmente, aquí particularmente sobresaliente, entre, justamente, lo que este esquema articula, a saber, el deseo y la letra.

Qué quiere decir, si no es más que es en ese sentido que debe ser buscado, para hablar con propiedad, en la reconversión del deseo en esta producción que se expresa en el símbolo — el cual no es la super-realidad que se cree, sino esencialmente al contrario hecho de su rotura, de su descomposición en partes significantes — es, digo, en la reconversión del atolladero del deseo en esta materialidad significativa que debemos situar, y esto si queremos dar un sentido conveniente al término, el proceso de la sublimación como tal.

Nuestro André Gide, indiscutiblemente, merece ser situado en la categoría que nos plantea el problema de la homosexualidad. ¿Y qué es lo que vemos? Vemos esa doble relación con un objeto dividido en tanto que es el reflejo de ese chico poco agraciado, incluso “desgraciado” como se expresaba un escritor a ese respecto, que fue el pequeño André Gide en el origen. Y que en esa relación furtiva con un objeto narcisístico, la presencia del atributo fálico es esencial.

Gide es homosexual. Pero es imposible, ahí está el mérito de esta obra por haberlo mostrado, es completamente imposible centrar, concentrar la visión de una anomalía sexual del sujeto si no ponemos, en frente, aquello de lo cual él mismo ha testimoniado, esta fórmula: si, diría, ustedes no saben “lo que es el amor de un uranista”.²²

Y ahí, se trata de su amor por su mujer, a saber de ese amor hiper-idealizado, por el que yo trato sin ningún esfuerzo en ese artículo de reunir lo que, en el libro de [Delay], está puntualizado con gran cuidado, a saber, toda la génesis por la cual ese amor por su mujer se liga con su relación con la madre. No solamente la madre real, tal como nosotros la conocemos, sino la madre en tanto que encubre una estructura cuya verdadera naturaleza él sabe que va a ser cuestión ahora de descubrir. Una estructura, diré en seguida, donde la presencia del objeto malo, diré más, la topografía de este objeto malo, es esencial.

No puedo demorarme en un largo desarrollo que retome paso a paso, punto por punto, toda la historia de André Gide, como su obra, en sus diferentes etapas, ha tenido el cuidado de ponerlo de manifiesto:

“Pero para decir hasta qué punto el instinto de un niño puede errar, quiero indicar precisamente dos de mis temas de goce: uno de ellos me lo había proporcionado muy inocentemente George Sand, en ese cuento encantador de *Gribouille*, quien, un día que llueve mucho, se arroja al agua no para guarecerse de la lluvia, como han tratado de hacerle creer sus hermanos, sino para guarecerse de sus hermanos que se burlaban. En el río se esfuerza y nada durante algún tiempo y luego se abandona y, en cuanto se abandona, flota; entonces siente que se hace muy pequeño, liviano, raro, vegetal; le brotan hojas por todo el cuerpo, y pronto el agua del río puede depositar en la orilla la delicada rama de roble en que se ha convertido nuestro amigo *Gribouille*. ¡Absurdo!

— hace exclamar el escritor a su interlocutor —

Pero precisamente por eso lo refiero, lo que digo es la verdad y no lo que me honra. Y sin duda la abuela de Nohant no pensaba en escribir algo inmoral; pero: yo testifico que ninguna página de *Aphrodite* pudo perturbar a un escolar tanto como esa metamorfosis de *Gribouille* en vegetal al pequeño ignorante que yo era”.²³

²² Cf. Jacques LACAN, *op. cit.*, p. 717: “Que sea efectivamente amor ese amor ‘embalsamado contra el tiempo’ del que Gide dirá: ‘Nadie puede sospechar lo que es el amor de un uranista...’, ¿por qué cerrarse a su testimonio?” (cf. nota 27).

²³ André GIDE, *Si la semilla no muere (Autobiografía)*, traducción de Luis Echávarri, Editorial Losada, 2002, pp. 60-61.

Añado para volver a esto, porque es preciso no desconocer su dimensión, el otro ejemplo de este fantasma provocador para sus goces primitivos que nos da:

“Había también en una estúpida piccinita de Madame de Ségur, *Les dîners de Mademoiselle Justine*, un pasaje en que los criados aprovechan la ausencia de los amos para darse una cuchipanda; registran todos los armarios, se regalan; pero he aquí que luego, en el momento en que Justine se inclina para sacar una pila de platos del armario, el cochero se acerca a hurtadillas para pellizcarle en la cintura; Justine, que es cosquillosa, deja caer la pila y ¡patatrás! toda la vajilla se rompe. La destrucción me hacía desfallecer de gusto”.²⁴

Si les es preciso más para captar la relación, el fantasma del segundo con algo completamente primordial que se trata de articular en la relación del sujeto con el corte, les citaré, esto es totalmente común ante tales sujetos, que uno de los fantasmas fundamentales en la iniciación masturbatoria fue también, por ejemplo, el fantasma de una revelación verbal concerniente más precisamente a algo que es la cosa imaginada en el fantasma: a saber por ejemplo una iniciación sexual como tal, tomada como tema del fantasma en tanto que es existente.

La relación descubierta en el primero de estos fantasmas del sujeto con algo desprendido y que progresivamente florece, tiene algo notable en tanto que nos presentifica algo que está demostrado por cien observaciones analíticas, a saber, el tema ahora completamente admitido y corriente, el orden de identificación del sujeto con el falo en tanto que surge de una fantasmaticización de un objeto interno en la madre. Esto es estructura comúnmente hallada y que por el momento no tendrá ninguna dificultad para ser aceptada y reconocida como tal por ningún analista.

Lo importante, aquí, lo vemos, está manifestado como tal en el fantasma, tomado en el fantasma como soporte de algo que representa para el sujeto una de las experiencias de su vida erótica inicial, [de una identificación], y lo que importa para nosotros, es saber más precisamente de qué tipo de identificación se trata.

²⁴ Id., p. 61.

Lo hemos dicho, la metonimia del neurótico está esencialmente constituida por esto: que él no lo es, en el límite, es decir en un punto que alcanzará en la perspectiva huidiza de sus síntomas, más que en tanto que no lo tiene, el falo, y esto es lo que se trata de no revelar. Es decir que encontramos en él, a medida que el análisis progresa, una creciente angustia de castración.

Hay en la perversión algo que podemos llamar una inversión del proceso de la prueba. Lo que debe ser probado por el neurótico, a saber la subsistencia de su deseo, se convierte aquí en la perversión en la base de la prueba. Vean en ello algo como esa suerte de retorno en honor que en el análisis llamamos razonamiento por el absurdo. Para el perverso, se produce la conjunción que une en un solo término, al introducir esa ligera abertura que permite una identificación con el otro completamente especial, que une en un solo término el “él lo es” y el “él lo tiene”. Es suficiente para esto que este “él lo tiene” sea en este caso “ella lo tiene” — es decir el objeto de la identificación primitiva. El lo tendrá, el falo, el objeto de identificación primitiva, sea este el objeto transformado en fetiche en un caso o en ídolo en el otro. Tenemos todo el intervalo entre la forma fetichista de esos amores homosexuales y la forma idolátrica ilustrada por Gide. El lazo es instituido, si uno puede expresarse así, en el soporte natural.

Nosotros diremos que la perversión se presenta como una suerte de simulación natural del corte. Es en esto que la intuición de Gillespie es ahí como un índice. 1) Lo que el sujeto no tiene, lo tiene en el objeto. 2) Lo que el sujeto no es, su objeto ideal lo es. En resumen, cierta relación natural es tomada como materia de esta hendidura subjetiva que es lo que se trata de simbolizar en la perversión como en la neurosis. El es el falo, en tanto que objeto interno de la madre, y lo tiene en su objeto de deseo. He ahí más o menos lo que vemos en el homosexual masculino.

En la homosexual femenina, recuerden ustedes el caso articulado por Freud,²⁵ y que hemos analizado aquí en comparación con el ca-

²⁵ Sigmund FREUD, «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920), en *Obras Completas*, Volumen 18, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

so de Dora.^{26,27} ¿Qué ocurre en el punto crucial donde la joven paciente de Freud se precipita en la idealización homosexual? Ella es verdaderamente el falo, ¿pero cómo? En tanto que objeto interno de la madre también. Y esto se ve de una manera muy neta cuando en la cumbre de la crisis, arrojándose por encima de la barrera del ferrocarril, Freud reconoce que en ese [*niederkommen*], él dice que hay algo que es la identificación con ese atributo materno. Ella se hace serlo en ese supremo esfuerzo de don a su ídolo que es su suicidio. Ella cae como objeto, ¿para qué? Para darle lo que es el objeto del amor, darle lo que ella no tiene, llevarla al máximo de la idealización, darle ese falo objeto de su adoración al cual el amor homosexual por esta persona singular que es el objeto de sus amores, se identifica.

Si intentamos trasladar esto a propósito de cada caso, si hacemos en cada caso un esfuerzo de interrogación, encontraremos ahí lo que yo pretendo proponer como una estructura. Ustedes pueden siempre volver a encontrar[la], no solamente en la perversión, sino especialmente en esa forma de la que se objeta, ciertamente con pertinencia, que es extremadamente polimorfa, a saber la homosexualidad — sobre todo con el uso que damos a este término de homosexualidad, ¡cuántas formas diversas no nos presenta de esta la experiencia, en efecto! — Pero en fin, a pesar de todo, ¿no habría interés también en que situemos en el nivel de la perversión algo que podría constituir el centro como tal de — admitiendo que todo tipo de formas periféricas intermedias entre la perversión y, por ejemplo, digamos la psicosis, la toxicomanía, o tal o cual otra forma de nuestro campo nosográfico — la homosexualidad, comparada a lo que la última vez por ejemplo tratamos de formular como siendo el punto sobre el cual el deseo de deseo que tiene el neurótico se apoya, a saber, esa relación con la imagen del otro gracias a lo cual puede establecerse todo ese juego de sustitución donde el neurótico nunca tiene que hacer la prueba de aquello de lo que se trata, a saber que él es el falo? — o sea perfectamente [$\Phi \diamond i(a)$].

²⁶ Sigmund FREUD, «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905 [1901]), en *Obras Completas*, Volumen 7, Amorrortu editores, 1978.

²⁷ Jacques LACAN, EL SEMINARIO, libro 4, *La relación de objeto*, 1956-1957, Ediciones Paidós, 1994.

Diremos que tenemos aquí algo que es cierta relación de la identificación primitiva, I, con la identificación narcisista, especular, que es *i(a)*.

1) Es en tanto que algo existe ya, que una esquizia está ya perfilada entre el acceso del sujeto identificatorio, simbólico, relación primordial con la madre, y las primeras *Verwerfungen*; 2) es en tanto que esto se articula con la segunda identificación imaginaria del sujeto con su forma especular, a saber *i(a)*, es esto lo que es utilizado por el sujeto para simbolizar lo que con Gillespie llamaremos la hendidura. A saber aquello en lo cual el sujeto interviene en su relación fantasmática.

Y aquí el falo es el elemento significante esencial en tanto que es lo que surge de la madre como símbolo de su deseo, ese deseo del Otro que produce el terror del neurótico, ese deseo donde él se siente corriendo todos los riesgos. Es esto lo que constituye el centro alrededor del cual va a organizarse toda la construcción del perverso.

Y por eso, este deseo del Otro es precisamente lo que la experiencia nos muestra también en su caso, de más aislado, de más difícil acceso. Es esto mismo lo que constituye la profundidad y la dificultad de estos análisis que nos han sido permitidos, del primitivo acceso que ha sido dado por la vía de la experiencia infantil, de las construcciones y de las especulaciones especialmente ligadas a las primitivas identificaciones objetales.

Muy evidentemente Gide se había ofrecido, a sus expensas, nada dice que la empresa hubiese podido ser llevada más lejos. Gide no se ha ofrecido a la exploración analítica. Sin embargo, por superficial que al fin de cuentas sea un análisis que no se ha desarrollado más que en la dimensión llamada sublimada, tenemos sobre este punto extrañas indicaciones. Y yo creo que nadie en mi conocimiento ha dado su valor a ese pequeño rasgo que aparece como una singularidad de comportamiento que signa casi con su acento sintomático aquello de lo que se trata, a saber el más allá del personaje materno, o más exactamente su interior, su corazón mismo. Pues este corazón de la identificación primitiva se vuelve a encontrar en el fondo de la estructura del sujeto perverso mismo.

Si, en el neurótico, el deseo está en el horizonte de todas sus demandas apliamente desplegadas y literalmente interminables, podemos decir que el deseo del perverso está en el corazón de todas sus demandas. Y si lo *leemos*²⁸ en su desarrollo indiscutiblemente anudado alrededor de exigencias estéticas, nada puede sin embargo sorprendernos más que, diría, la modulación de los temas alrededor de los cuales se sucede.

Y ustedes se dan cuenta de que lo que aparece desde las primeras líneas, son las relaciones del sujeto con una visión fragmentada, un caleidoscopio que ocupa las seis o siete primeras páginas del volumen.²⁹ ¿Cómo no sentirse conducido a lo más lejano de la experiencia fragmentante?

Pero hay más: la noción, la percepción que él adquiere en tal momento, y que él mismo articula en esto de que hay sin duda, dice, la realidad y los sueños, pero que hay también “una segunda realidad”.³⁰

Y más adelante todavía, es ahí que quiero llegar con esto, está el más minúsculo de los índices, pero todos sabemos que para nosotros son aquellos que son los más importantes, nos cuenta la historia llamada del nudo en la madera de una puerta. En la madera de esta puerta, en alguna parte en Uzes, hay un agujero porque ha sido extraído un nudo. Y lo que hay en el fondo “es una bolita, se le dice, que tu padre ha deslizado ahí cuando tenía tu edad”. Y él nos cuenta, para admiración de los amantes de “caracteres”, que a partir de esas vacaciones, pasó un año en dejarse crecer la uña del dedo meñique para tenerla suficientemente larga en el próximo encuentro para ir a extraer esta bolita en el agujero de madera. A lo cual llega, en efecto, para no tener a continuación en la mano más que un objeto grisáceo que él se avergonzaría de mostrar a cualquiera. Mediante lo cual — creo que él lo dice — lo vuelve a poner en su lugar, corta su uñita, y no lo confía a

²⁸ JL: *decimos”

²⁹ André GIDE, *op. cit.*, pp. 14-15.

³⁰ André GIDE, *op. cit.*, p. 28.

nadie — salvo a nosotros, la posteridad que va a inmortalizar esta historia.³¹

Creo que es difícil encontrar una mejor introducción a la noción arrojada en una magnífica [...] todo es de una perseverancia de algo que nos presenta la figura de la forma bajo la cual se presenta la relación del sujeto perverso con el objeto interno. Un objeto que está en el corazón de algo. La relación de este objeto como tal, en tanto que es la dimensión imaginaria del deseo, en este caso del deseo de la madre, de orden primordial, la que viene a desempeñar el papel decisivo, el papel simbolizador, central, que permite considerar que aquí, en el nivel del deseo, el perverso está identificado a la forma imaginaria del falo.

Es sobre esto que la próxima vez haremos nuestra última lección sobre el deseo, este año.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

27-12-09

³¹ André GIDE, *op. cit.*, pp. 56-57.

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 26ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **JL** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959. Lo que Lacan hablaba era recogido por una taquígrafa, luego decodificado y dactilografiado, y el texto volvía a Lacan, quien a veces lo revisaba y corregía. De dicho texto se hacían copias en papel carbónico y luego fotocopias. La versión dactilografiada que utilizamos como fuente para esta *Versión Crítica* se encuentra en la Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires con el código: C-255/1 y en <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>, página web de *l'école lacanienne de psychanalyse*. Se trata de una fuente de muy mala calidad (fotocopia borrosa, sobreenotada, etc.).
- **GAO** — Jacques LACAN, Séminaire VI – *Le désir et son interprétation*, version rue CB (version du secrétariat de J Lacan déposée à Copy86, 86 rue Claude Bernard 75005), en <http://gaogoa.free.fr/Seminaire.htm>
- **AFI** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959, Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destinée à ses membres, Paris, Juillet 1996.
- **JBP** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, compte rendu de Jean-Bertrand PONTALIS de las lecciones del 12, 19, 26 de noviembre, 3, 10, 17 de diciembre de 1958, 7 de enero de 1959, publicado en el *Bulletin de Psychologie*, tome XIII/5, n° 171, 5 janvier 1960, pp. 263-72 y tome XIII/6, n° 172, 20 janvier 1960, pp.329-35, Groupe d'Études de Psychologie de l'Université de Paris. Este texto se encuentra también como Annexe VI de la versión de Michel Roussan de: Jacques LACAN, *L'identification*, séminaire IX, 1961-1962.
- **NV** — Jacques LACAN, *El deseo y su interpretación*, Transcripción de J. B. Pontalis, traducción de Oscar Masotta, en Jacques LACAN, *Las formaciones del inconsciente*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1976, pp. 125-173.

R 80

A CONTRIBUTION TO THE STUDY OF FETISHISM¹

BY
W. H. GILLESPIE
LONDON

The clinical material upon which this paper is based is derived from an analysis which was interrupted by the War. I had hoped to have collected more material and reached more definite conclusions, but there is nothing to be gained now by postponement. In view of the paucity of cases recorded in the analytical literature, publication of my incomplete findings seems justified.

It is not my intention to deal with the literature of fetishism. It is not very extensive on the analytical side; and on the non-analytical side, although extensive, it is not very illuminating. Freud has expressed his fundamental contributions to the subject with great lucidity, and there is no doubt to my mind that they provide us with the most important line of approach. But I feel sure that he did not mean to suggest that the last word had been said on the matter. Further additions of great value have in fact been made, notably by Sylvia Payne. I should like to thank her both for the help she gave me in the early stages of the analysis and for her very stimulating recent paper on the subject.²

It will be remembered that Dr. Payne laid special emphasis on the pregenital components determining fetishism, and on the importance of introjection-projection mechanisms. She said: 'In my opinion the fetish saves the individual from a perverse form of sexuality. The component impulse which would prevail if not placed under special control is the sadistic impulse' (p. 169). The aim, she said, is to kill the love object. Ample confirmation of these views is to be found in the analysis of my own case.

This brings me to what I conceive to be the crux of the problem of fetishism at the present time, and I want to present it in as lucid a manner as possible, at the risk of appearing elementary and obvious. The problem may be stated thus: Is fetishism primarily a product of castration anxiety, to be related almost exclusively to the phallic phase, and concerned to maintain the existence of a female penis;

¹ Read before the British Psycho-Analytical Society, February 7, 1940.

2

or does the main dynamic force really come from more primitive levels, which undeniably contribute to give its ultimate form to the fetish?

Although Freud was the first to draw attention to the scopophilic and coprophilic components in fetishism, he made it quite clear that he regarded it primarily as a method of dealing with castration anxiety and preserving a belief in the phallic mother. At the same time, he says, it saves the patient from the necessity of becoming homosexual, by endowing the woman with the character that makes her tolerable as a sexual object. He admitted that he was unable to say why the castration fear resulting from the sight of the female genital causes some to become homosexual, others fetishists, while the great majority overcome the experience. For the present, he says, we must be content to explain what occurs rather than what does not occur. But this lack of specificity in our ætiology is one of the problems of which we are becoming more and more conscious, and the time seems to have arrived when we must attempt to answer these more searching questions.

According to Freud's conception, then, the castration complex is the alpha and omega of fetishism. I think it would be fair to say that Sylvia Payne's paper, while by no means neglecting the importance of castration anxiety, tended to emphasize the mental mechanisms and psychic layers which the work of Melanie Klein and her followers has brought so much into the foreground of our discussions in recent years.

The fact that my own observations are based on one case only tends to invalidate any generalizations one might be tempted to make; for clearly it is difficult to be sure which facts are typical of fetishism and which are peculiar to the particular patient, and perhaps have little relation to fetishism as such. But as any one worker is unlikely to have the opportunity of analysing a large number of fetishists, it would seem that the only way we can tackle the problem is by a pooling of our experiences, and the tentative conclusions derived from the study of one case may therefore be of some value. Even though I am thus limited to one case, it will not be possible for me to give anything like a complete case history. The analysis was a fairly lengthy one, covering a period of nearly three years, and the material produced was at all times profuse; often indeed embarrassingly so.

I propose, therefore, after giving a brief general sketch of the case for purposes of orientation, to concentrate on one particular facet, corresponding approximately to one phase of the analysis. This facet is one which, so far as I know, has not hitherto received much attention

endeavouring to achieve a full genital potent relationship with a heterosexual love object. That is to say, I propose to examine the problem from the other end, as it were: instead of discussing what makes the patient a fetishist, to consider what kind of difficulties stand in the way of his normal sexual development. It is clear that these difficulties will throw a great deal of light on the factors responsible for fetishism.

The patient, whom I shall call A., when he came to me near the end of 1936, was a young man on the eve of his twenty-first birthday. He had already had a period of some eighteen months analysis with Dr. Eder, towards whom he had developed a very emotional, superficially positive transference. The analysis had been undertaken at his parents' request on account of his masturbatory activities, which were of a fetishistic nature. It had been abruptly cut short by Dr. Eder's death in the spring of 1936. This event had at the time only a superficial effect; but by the time he came to me some eight months later, a very severe reaction taking the form of a hypochondriacal depression had developed, and it was on account of this condition that he was referred to me.

When A., the third and last child, was born in 1916, his father was serving in the War. Hence A. saw little of him until the age of three, and this fact played no small rôle in his psychological development. His parents were again separated when he was twelve; this time it was his mother who went away for a period of about a year to join his older brother in Canada. Such a separation of the parents seems to be a not uncommon finding in fetishism, though I must confess that I am not clear what is its exact ætiological rôle, if any. Younger than the brother, but several years older than A., there was a sister.

A. was fed exclusively on the bottle, a fact with which he was fond of reproaching his mother. According to his account, hers is much the more dominant personality of the two parents. She is a very dynamic woman, much interested in intellectual matters, and for this A. greatly admired her, though analysis revealed underneath this admiration a deep reproach for her lack of a more flesh and blood relationship with him—a relationship which would have been realized had she given him the breast. At the same time, she was vivid and active, virile and virulent, as he expressed it. The father, on the other hand, according to A.'s account, was much more passive and placid. In this way it

between the sexes. Typically, the thing was worked out on the mental rather than the bodily plane. This tendency to intellectualization is a very characteristic feature in my patient. On the one hand it depends on an identification with the mother and a taking over of her attitude; but much more important from the dynamic point of view, I think, is its value as a defence mechanism against bodily anxieties. In fact, I came to realize that his intellectualization plays a rôle similar to his fetishism in combating castration and related anxieties. Intellect is something which a woman can have equally with a man; so that if one concentrates on intellect one can deny the fateful anatomical difference. Similarly, by taking activity as the criterion of maleness, he could demonstrate to his own satisfaction that the female was more male than the male. Besides castration anxiety, however, another very important motive unconsciously underlying the production of this theory was the need to convince himself that the mother was strong enough to be safe against the danger of his own (and also his father's) sadistic attacks, so that she could survive them and still be there at the end of it all. Here again there is a very close connection with the fetish; if anything was established with certainty about this it was that the fetish serves to protect the loved object from the dangers inherent in the fetishist's sadistic love with its annihilating tendency.

I cannot enter into a detailed life history of this patient, but I must say a word about the development of his fetishism. Apart altogether from reconstructions, it seems first to have become recognizable in the form of a fascinated interest in schoolboys wearing O.T.C. uniforms, at the age of ten or eleven. This interest was felt to be an unhallowed and forbidden one, ostensibly on account of his mother's strongly pacifist views; and indeed he had had the same feeling at a much earlier age about playing with toy soldiers, an activity which was not forbidden but one nevertheless of which he felt his mother disapproved. A very interesting light was thrown on this when he had a dream about a house with a dark attic, like a lavatory, in which he and his brother found boxes containing amber stones, and later, rifles. They feared an attack by a little miniature man, who was a murderer. There were many other details and associations to this dream, but the point for my present purpose is that after I had interpreted 'attic' as 'attack' A. recalled that at the age of eight he remembered seeing an old uniform of his father's

away!' In view of her attachment to the uniformed father during the War, A. seems always to have felt that her attitude towards uniforms and military things was a hypocritical one. The uniform here obviously stands for the father, and it is interesting in connection with the coprophilic significance of the fetish that A. on several occasions likened his mother's attachment to his father to a woman who likes a scent which you can't bear; but she makes such a fuss about not having it that at last for the sake of peace you say: 'Have your beastly scent!'

Beginning about the age of twelve, there developed a great conflict over the possibility of A. himself joining the O.T.C. The conscious attitude was one of horror at the idea and fear that he would be forced to join; and this was rationalized on the basis of pacifism; but unconsciously the determining phantasies were not so much purely aggressive ones as homosexual-sadistic. Being made a soldier meant being made into a woman, paradoxical though it may sound; or perhaps more accurately, being made into a suitable object for the sadistic sexual attentions of the father. The utmost horror was produced when his father actually suggested that it might not be a bad thing for him to join. This found its expression in the transference during a period when he was continually under the compulsion to ask whether I had ever been in an O.T.C.

A. managed to avoid joining the O.T.C., but he compromised by joining the scouts. One day he dressed himself in his scout uniform and tied himself up, but he did not know what to do next; this was at the age of thirteen or fourteen. The idea of tying up had been anticipated at much earlier ages, when he had tied up dolls and also a dog, tying its legs to the legs of a step-ladder and thus stretching them apart.

An emission was consciously produced for the first time at the age of seventeen, when he dressed himself in a black mackintosh and chained himself to a wardrobe. The result was a surprise to him. This experiment led on to more and more complicated and sadistically designed ones, with the use of wires, tight gagging, tying himself up in a sack, etc. He was just beginning to play with the idea of hanging and complete annihilation at the time when he was sent to Dr. Eder for analysis. The further development of the fetishism consisted of various elaborations of similar themes—women, but also occasionally boys, in different varieties of uniform or mackintoshes, and latterly

phantasy of a sado-masochistic kind woven round these figures; most commonly of an older woman humiliating and punishing a younger one. During the course of his analysis with Dr. Eder he modified his technique by embodying his phantasies in drawings rather than carrying them out on his own person, though this also continued to some extent. This modification served several purposes—it made it possible for him to bring his masturbation into the analysis, as it were; it represented at a much more unconscious level an invitation to the analyst to treat him as the figures in the drawings were treated; and it also served the purpose of a further line of defence against the anxieties connected with his destructive phantasies—the fact that it was mere drawings that he was dealing with was a reassurance that it was neither his real parents nor himself that were being treated in this way.

When he came to me for treatment, A. was, as I have mentioned, in a very depressed and hypochondriacal state. This was closely connected with the death of Dr. Eder. The hypochondria proved very refractory and continued through a large part of the analysis. Time does not permit me to go into it in any detail, but I should like to make a few remarks about it.

While introjective phantasies were obvious and were interpreted from the outset, it became more and more clear that a very important function of the hypochondriacal complaints was their use as a sadistic weapon against the parents, whom in fact he often reduced to a state of despair verging on breakdown. He used it particularly to disturb them at night. This activity often took the form of demanding that his father should examine him and find something, for example a positive Babinski. Although this 'something' that had to be found was ostensibly of a bad nature, it was evidently not entirely so, and in fact he often used terms of rather ecstatic admiration about his symptoms. They represented both a penis and a baby. His abdominal pains were labour pains, while his two legs with their twitchings and inequality stood for the two parents in intercourse. I want to make it clear that I am not discounting the importance of the introjective mechanisms that were at work, which were very clear at times, as when he said that he felt his body was fragile, like china, and full of blocks of dead things. All I am suggesting is that in a case of hypochondria of this type, introjection is not the whole story, and that interpretation would be inadequate which left out of account the phantasies derived from the phallic level. I have felt for a long time that there are at

least two types of hypochondria, the hysterical and the psychotic. I should regard this case as belonging to the hysterical group.

I should have mentioned earlier that A. was a medical student and when he came to me was just beginning his clinical studies. He was therefore able to elaborate his hypochondriacal ideas with a great wealth of detail, while at the same time he was not embarrassed by too exact a knowledge of clinical and pathological facts. Thus, his ideas about inequality of his legs, to which I have referred, were related to the idea of disseminated sclerosis, to which he clung for a long period. A similar fear was that of secondary carcinoma. In both cases the notion of an infinite and increasing number of bad things disseminated inside was of importance, and this was connected with fears about robbing his mother's inside and the difficulty of putting everything back in order. These phantasies came out in a large number of dreams, which led up to the dream of the attic. The principal object inside the mother towards which these attacks were directed turned out to be the father's penis, and the attacks were chiefly of an oral-sadistic kind. But I think it is a significant fact that it was just the penis against which they were directed. These phantasies were closely related to homosexual ones about sadistic attacks on his own inside by his father's penis, as in a dream about letting a man into the house, knowing the man was going to murder him. This theme appeared also in inverted form in the idea of a woman enticing a penis or a person inside with the object of destroying it there. At the same time he unconsciously regarded his own penis as a kind of breast, much sought after by women, whom he could nourish or frustrate at will, the latter being much the more exciting phantasy.

This combination of the phallic and the oral found a pretty expression in a hypochondriacal preoccupation with his tongue which A. developed later. This symptom was connected not only with phantasies about the hidden female penis but also with oral sadistic phantasies. There were also anal elements—the tongue was dirty. I have to admit, indeed, that the picture I have given so far is misleading in that I have failed to bring out the quite prominent anal and urethral features of the case. They were very obvious and I could say a great deal about them if space allowed; but rightly or wrongly I had the impression that they were of less fundamental importance, probably because they did not lend themselves so readily to assimilation with the rest of the material. Thus it is quite possible

that I have unduly neglected them ; but if so it was not for want of seeing them, for they were manifest on the surface. In connection with the anal material, however, just as with the oral, a close association with phantasies from the phallic level was not far to seek, in as much as the fæces nearly always represented a baby and were connected with a passive homosexual attitude to the father.

All this anal, urethral, and oral material linked up in an intimate way with the mackintosh fetish, for the mackintosh served as a protection for the mother against such assaults. Not only so ; it also seemed to stand for the period of milk feeding, the rubber of the mackintosh being a substitute for the rubber teat. The fetish may thus be regarded, in Freud's phrase, as a memorial not only to castration fear but also to the trauma of weaning.

I pass on now to the other main aspect of the case which I wish to discuss : that is, to the difficulties A. encountered in his efforts to achieve a normal genital relationship. These difficulties may be for convenience divided into two groups : first a series of abortive and relatively short-lived attachments, with which I shall deal quite briefly, and secondly a love affair which occupied the whole of the last year of the analysis, and which still continues.

There do not seem to have been any really early attachments to girls. Up to near the time when his first analysis started, he was occupied principally with what he called the prince and princess phantasy, in which the prince represented himself. The main theme of this phantasy was misunderstanding, resulting in a quarrel and the separation of the prince and princess. This was the climax of the phantasy, and the subsequent reconciliation was relatively devoid of affect. These phantasies started at the age of twelve, at a time when he had been left in a boarding school while his parents made a new home in London—an unhappy period which is associated in his mind with being forced into unpleasant and uncomfortable clothes, such as an Eton jacket and collar ; it left its mark on his masturbation phantasies.

A. translated this phantasy almost word for word into reality in the course of his first attachment, which began about the age of eighteen. He seems to have chosen his partner with almost uncanny skill, and she played her frigid part to perfection. There were constant misunderstandings and quarrels, and she would allow no caress or show of affection, even in words. This type of relationship afforded A. so much satisfaction that he continued it over a long period.

it reached the final conclusion of separation that was inherent in it. It is really inaccurate to say that it continued so long because of the satisfaction it afforded ; it would be truer to say that he clung to this relationship because it gave him just the safeguards he needed ; and one of the chief of these safeguards was just that he should not achieve satisfaction but on the contrary should be frustrated. This is a point to which I shall return later when discussing the last girl. I believe it may almost be described as the keynote of fetishism.

The next girl was semi-Asiatic, and the anal note was dominant. She did in the end come to mean to him merely fæces and he finally expelled her with real relish after having come into conflict with her father. He felt he had killed her by this expulsion, but so far from being troubled with guilt about this, his feeling was one of annoyance when she gave signs of further life.

There followed a fellow medical student, but this attachment never proceeded far. Its end was interesting. He began one hour by saying that he felt marvellously better. Someone had told him that a lady had been ringing for him. At once he thought it was this girl, was overcome with emotion and had a mass peristalsis, as he put it. He then described his latest masturbation. The picture consisted of a nurse in frock and collar but without apron, cuffs or belt ; there was also a fully-dressed nurse and a sister with flowing cap. This phantasy arose out of his excitement in seeing a nurse dressing at a window. It turned out that actually she was undressing, and this was a big disappointment, for the real excitement was in seeing the uniform put on, and the full phantasy would have been of a woman in a beautiful evening dress or nightdress being metamorphosed into a nurse in uniform. Here again we get the theme of satisfaction dependent on frustration, or rather a sort of partial frustration, for while the nurse is not the mother, still in phantasy she is the mother in disguise.

A. then told me that a friend to whom he had confided his passion said : ' Oh yes, she's quite a nice girl, but she does have such a B.O.' All the other men agreed that the girl smelt. It was only then that A. realized that he had known it all along, but didn't mind. The realization that everyone thought this was a tremendous relief. It meant that a pretty girl could smell bad, that fæces could be good. I suggested that another factor in his feeling of relief was due to the consideration that no one would grudge him his girl or try to take her away—for the theme of having his love object taken away was always very strong and prominent in the transference, though in a different form.

generally engineered by himself. The following day he remarked casually that he had lost interest in this girl—so that again the girl became faces, and as soon as he was conscious of this it was all over.

It was only three days later that he began to talk of a nurse he was working with who attracted him. He felt he wanted her to be in ordinary clothes and that all the details of uniform, collar stud, etc., which so excited him in his phantasies, repelled and sickened him in her. At the same time, he was continually getting erections when with her, a thing that had never before happened to him by reason of a girl's company. He said that in addition to all the agony from his symptoms there was excitement as well and a feeling of new possibilities in life.

A few days later A. took this nurse, whom I shall call B., to the pictures. He was not to have come to analysis the next day, but he rang up and made a special appointment, because, as he said, he had had such an experience last night as never before. B. was very friendly and cuddly and put her head on his arm. She was so warm, it really got ridiculous and he wanted to laugh. He felt uneasy because her conduct was so unrestrained. In brief, he had managed to get a girl who was warm instead of cold, because she satisfied his ascetic requirements through being a nurse, who was literally constrained by her uniform as well as her discipline. At this time his mother was in hospital, and he felt that she must be got rid of by death in order for him to have B. Later, following a reassuring visit to his mother and the realization that she was not to be castrated or to die, he became depressed, feeling he had no love left for B., for he now felt he had the penis and no longer that she had something he had not. There was a constant recurrence of this anxiety lest he find B. empty and lose all love for her. What he liked most about her and what gave him most confidence was feeling that she was physically strong and so able to withstand his aggression; and on the other hand her warmth and responsiveness most roused his anxiety. He felt that if he was not thwarted and got all he wanted there would be nothing left. Here again we find this apotheosis of frustration which seems to me so characteristic of fetishism, and which brings it into such close relation to masochism. It results in many of the fetishist's aims being so to speak inverted, as I see it. For instance, his scopophilia is satisfied not by seeing the naked body, which repels him, but rather by the clothes which serve to conceal it and frustrate the primary impulse. For the pleasure in free bodily movement and the ecstatic

musculature there is substituted pleasure in bonds and tight lacing. Manual masturbation is taboo, in the sense that it seems not to occur to him as a possibility; on the contrary, the hands are generally tied. It is therefore no surprise to find that the straightforward genital relationship is also intolerable. It appears to him as something disgusting and dangerous. The underlying phantasies were undoubtedly numerous and complicated, and they aroused powerful resistances which made this perhaps the most difficult part of the analysis. I must content myself with saying that they related chiefly to castration and to incorporation, and more specifically to incorporation by the woman involving castration of the man. Anal features were so strongly interwoven that it appeared likely that an important feature of the operative phantasy consisted of anal incorporation.

Homosexual phantasies, often quite conscious, were always in evidence. One of his first dreams about B. was actually of this nature, representing her as taking the active rôle in anal intercourse with him and causing him to produce a dirty baby.

Another important aspect of his relation to her may be expressed by saying that it was an oral relation to the father's penis. This equation of B. with the penis came out in the most interesting way in connection with one of the masturbation drawings, which represented a cross with the figure of Christ on it. Another cross was marked on the ground, and B. was kneeling on this cross, tied up, and gazing at the crucifix. When A. gave me this drawing, the first thing I noticed was a remarkable hiatus in the figure of Christ, involving all that part in the vicinity of the genitals. The second point was that B.'s position on the other cross corresponded very closely to this gap, so that she appeared to represent a huge erect penis. The conscious idea was that B. was doing penance for having come to A. It appeared from the analysis of this drawing that the sexual object of the phantasy was not just the father's penis, but really the penis plus the mother, or the mother with the father's penis.

There were a number of phantasies of attacks on the interior of the mother's body with a view to finding the penis; and it was clear that these phantasies were motivated only partially by castration anxiety—another important factor was the phantasy of the penis as a source of food. At about this period, A. spontaneously underwent a period of abstinence from masturbation for the benefit of the analysis. This led to great excitement during several of the analytic sessions, excite-

nurses in white, stiff, crackly uniform, and so on. The mackintosh was felt to be a protection against the dangers to the object inherent in these phantasies of oral aggression. Unless the woman was protected in this way, he felt unable to imagine a breast except for eating, a vagina except to be ripped open, a woman's neck except to strangle her.

There is another leading feature of this case which I have not sufficiently emphasized, and that is the strong tendency towards the mechanism of the turning of the impulse against the self. This was most conspicuous throughout. Thus, though A. always referred to his phantasies as sadistic ones, they were at least as obviously masochistic, since he was clearly identified with the victim. The same thing applies to the uniform or mackintosh: it is not merely a covering and protection for the sexual object, it also serves the same purpose for himself. Perhaps the climax of all these phantasies as regards intensity of feeling was one which he had in the analysis during the period of abstinence; essentially it represented himself as a child in a grown-up mackintosh being copulated with in the most marvellous way by his father. A further elaboration of this phantasy was that when in the mackintosh he is really inside his mother's body and is identified with her, and that in this way his father indirectly copulates with him.

He said that the mackintosh is like a wall surrounding a town so that you can't see out. This wall is rotten at its base. He associated to this the idea of a penis dropping off, and faeces. He then had a picture of the anus and genitals, all very dark and shadowy. I interpreted that the rottenness at the base of the wall referred to the possibility of seeing up from underneath—there was much confirmatory material pointing in this direction. A. confirmed this by observing that the mackintosh must be completely buttoned up so that no clothes are visible and it is possible to imagine the body naked underneath, and also by the excitement he obtains by putting on the mackintosh over his naked body. This aspect of the matter is closely in line with Freud's theory about foot fetishism.

As the affair with B. continued, A.'s anxieties relating to his oral and phallic aggression became more acute. He felt that kissing her meant eating her up and feared her excessive kissing. He had by this time become intensely attracted by the idea of the naked female body. He had what he described as terrible erections, but said he 'couldn't press the point'. At last he bought a condom, but was much relieved at B.'s refusal of intercourse. He tried to escape from the situation by excessive masturbation.

One of his deepest fears was of eating up and destroying his object in attempting to gain exclusive possession of it. There was also all along a strong reluctance to commit himself to any love object that was outside or separable from himself. The fetish helped him to avoid the dangers of being dependent on a woman—the danger first of the woman refusing, and secondly, of external forces taking her away. It appeared that the external force was not necessarily the father, but might be the mother herself, the 'woman' in this case being not the mother as a whole object, but her breast as a part-object. Owing to these fears, for him a goal attained was no satisfaction, but only the struggle for it; he said: 'It is like following the sun; you can never reach it, and if you did you would be burnt up.' For him, the *conditio sine qua non* for excitement was inaccessibility.

After some work on this material, A. made two or three abortive attempts at intercourse, but was unable to get or keep an erection at the appropriate moment, in spite of attempts to stimulate himself by phantasy. Once he said he didn't want to get inside B., and proceeded to bite his finger. This led him on to say that a woman in uniform results in masturbation and orgasm; a woman not in uniform has a quite different effect—she makes his mouth water, his teeth gnash, and he wants to eat her up.

Since the analysis was interrupted, his potency has steadily increased, though the old phantasies have not entirely disappeared.

It is impossible in the space at my disposal to give any more clinical material or to touch on the many other interesting sides of the case, and I must now try briefly to sum up the points which seem to me to emerge.

First, this case once again proves abundantly the over-determination of the fetish. I think it also demonstrates beyond doubt the far-reaching importance of castration anxiety in this connection. Ample confirmation is provided also for Dr. Payne's findings regarding the importance of sadism and of introjection-projection mechanisms.

Here, however, I should like to raise a point which has only to be mentioned to be obvious, and yet I feel it is sometimes neglected: the point namely that introjection need not be an essentially oral process, though I should imagine there must always be what one might describe as an oral flavour about it. Thus, I found again and again in this case that what appeared on the surface to be phantasies based on oral

regarding phallic penetration, impregnation, etc. This is all so obvious that I feel ashamed to point it out ; but I am not sure that it always gets the attention it deserves. There is a tendency, I think, to feel that the oral aspect is 'deeper' and therefore more important, which means presumably more active dynamically in the particular state we are dealing with ; but this is surely by no means axiomatic. Although it is difficult to be sure of one's objectivity in judging such matters, I certainly gained the impression that the superficially obvious oral and anal features were often used as a disguise for more important underlying phallic anxieties ; and yet I would not regard them as a mere disguise—I think they must have considerable significance in their own right. In other words, the fact that the disguise takes that particular form is by no means a matter of chance, but must be intimately connected with the nature of the phantasies that are being repressed and constitute in fact a kind of 'return of the repressed'.

That brings me to a second point which I feel is not only of theoretical but also of practical importance ; I mean the problem of what factors are chiefly responsible for the occurrence of castration anxiety. Are we to regard it as the talion punishment for incestuous phallic wishes directed towards the mother, as Freud appears for the most part to do ? It seemed clear to me, in this case at least, that one very important determinant is to be found in the oral aggressive impulses directed towards the father's penis incorporated in the mother. And yet it is castration anxiety that we are dealing with, not the trauma of weaning or something of that sort. If the oral and anal elements were the essential ones, it would be very difficult to account for the well-known clinical fact that fetishism is a phenomenon found almost exclusively in males.

I would stress the essential part played by masochism, and what I have referred to as the inversion of the sexual aim, for want of a better term. By this I mean that the aim of the component impulse seems to be frustration rather than satisfaction, and indeed a rather unsatisfactory kind of satisfaction is derived from frustration. Obviously this is closely related to masochism, if indeed it can be distinguished from it.

The homosexual element is also much in evidence in this case, which illustrates admirably Freud's statement that the patient is saved by his fetish from homosexuality, and it shows how narrow may be the margin.

Finally, reverting to the problem of phallic *versus* pregenital, I

should like to make the following suggestion with regard to the ætiology of fetishism. May it not be that what we have actually to deal with is neither the one thing nor the other, but a combination of the two ? I do not simply mean that I want to have it both ways—what I am suggesting is a specific constellation, to use Dr. Glover's conception. I do feel that there are points about this case which give strong support to this view ; in particular, the extraordinary compound (for it is much more than a mere mixture) of phallic, oral and anal aggressive and erotic phantasies.

To put it in another way, I would suggest that fetishism is the result of castration anxiety, but of a specific form of castration anxiety, a form produced by a strong admixture of certain oral and anal trends.